

## INTRODUCCIÓN

El llamado “*boom* de la memoria” que se da en España durante los primeros años del siglo **xxi**, inundando el mercado y la esfera pública con innumerables representaciones y productos culturales, ha situado los temas de la Segunda República, la Guerra Civil y la subsiguiente dictadura en el centro del debate sociopolítico. La omnipresencia de todo lo relacionado con la Guerra Civil, y la consolidación de una mirada más crítica a la otrora “ejemplar” Transición, llevó a muchos académicos y expertos a afirmar que España estaba viviendo “una saturación de memoria [...] memoria colectiva, memoria histórica y otras denominaciones equivalentes” (Juliá 2006: 10) o que sufría de “empacho” de memoria (Rosa 2007: 11). Lejos de tratarse de un fenómeno cultural y político que se limita únicamente a las fronteras nacionales, el *boom* de la memoria se puede entender como la expresión particular de una tendencia occidental que, según Andreas Huyssen, nos viene preocupando desde los años 80 (2003: 11). Del mismo modo que sería erróneo discurrir sobre el auge de la memoria histórica como un proceso exclusivamente español, en los ámbitos de la literatura, el cine y la historiografía, sería también una equivocación afirmar que el cambio de siglo trajo consigo una oportunidad inaudita de hablar y tratar ciertas cuestiones que atañen a los acontecimientos sociopolíticos más importantes del siglo **xx** en España: semejantes aseveraciones no harían sino ignorar toda una serie de novelas, películas o décadas de investigación rigurosa en el ámbito de la historiografía.

Aun así, el cambio del siglo constituye un punto de inflexión para la sociedad española respecto a estas cuestiones. Desde el llamado movimiento para la recuperación de la memoria histórica que surge en torno al inicio del siglo **xxi** se ha alegado que los casi cuarenta años de dictadura, seguidos de una Transición política que favoreció la amnistía, así como lo que algunos han denominado el “pacto de olvido” o “de silencio”, dieron lugar a un défi-

cit de memoria acerca de las causas, tragedia(s) y repercusiones de la Guerra Civil y el franquismo, además de toda una serie de tareas pendientes con respecto a las víctimas y sus familiares. Lo que se ha dado en llamar el “movimiento memorialista” —que incluye grupos como la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), que han liderado la iniciativa de las exhumaciones de miles de fosas comunes en toda España—, junto a ciertas medidas legislativas y judiciales derivadas de la victoria del PSOE en 2004, se han hecho notar en la cultura de la memoria a partir del año 2000.

En el ámbito literario, la influencia de los discursos relacionados con el tema de la memoria histórica se puede notar en

[...] la bifurcación en los temas a los que tenían acostumbrados a sus lectores, Javier Cercas con *Soldados de Salamina*, Almudena Grandes con *El corazón helado*, Benjamín Prado con *Mala gente que camina*. También el breve derrotero de Dulce Chacón da un giro cuando abandona sus historias intimistas y se interna en el tenebroso capítulo de la guerra y la posguerra, en Extremadura primero, con *Cielos de barro*, y luego en el presidio de las mujeres republicanas bajo el régimen de Franco con *La voz dormida* (Macciuci 2010: 30-31).

La cultura de la memoria a partir del año 2000 no solo inspira y anima a los autores a abordar temas nuevos, sino también hay una diferencia entre las novelas escritas en los años 90 y las del cambio de siglo, algunas escritas por algunos de los fundadores de la novela sobre la Guerra Civil como pueden ser Julio Llamazares con su *Luna de lobos* (1985), Manuel Vázquez Montalbán con *El pianista* (1985) y *Galíndez* (1990) o Antonio Muñoz Molina con sus *Beatus Ille* (1986) y *El jinete polaco* (1991). Podemos entender estas novelas como los precursores de las novelas de memoria histórica a partir del cambio del siglo. Por tanto, a partir del año 2000, nos encontramos no con un cambio de temática, sino más bien un cambio de tratamiento de estos temas: “es la distancia que media entre el Muñoz Molina de *Beatus Ille* y *El jinete polaco* y el de *Sefarad* en 2001. [...] la que media entre los huidos de *Luna de lobos* de Llamazares y los *Maquis* de Alfons Cervera” (Macciuci 2010: 31).

Como sugiere Ulrich Winter, si el objetivo de la novela sobre la Guerra Civil de los años 80 y 90 giraba en torno a la representación del pasado, la novela a partir del año 2000 busca crear realidades (2012: 16). “Más allá de estas diferencias de forma y fondo”, y aquí añadiría las diferencias generacio-

nales entre autores que nacieron, por ejemplo, a finales de los años 50 y los que nacieron a principios de los 70, “los tratamientos literarios de la Guerra Civil desde el cambio de milenio comparten, en grandes líneas, una actitud nueva ante el pasado: consideran sus dimensiones éticas desde un punto de vista individual, como un problema que afecta a las relaciones personales entre las generaciones presentes y pasadas, y como un desafío que exige un esfuerzo de voluntad por parte de aquéllas” (Faber 2011: 102).

Así, con esta literatura existe “una relación directa entre este fenómeno y la reivindicación de la reparación moral de las víctimas del franquismo que, desde principio del presente siglo, está realizando la ARMH” (Becerra Mayor 2015: 33). Estos escritores alineados con el movimiento memorialista y sus reivindicaciones específicas (Faber 2012a: 130) convierten la novela en herramienta para la recuperación de la memoria con el fin de saldar el déficit de memoria en una suerte de exhumación literaria que trataría de hacer que lo perdido, lo desconocido se oiga, se consuma, donde “frente al olvido que la democracia va fraguando en torno a la memoria todavía sangrante de la Guerra, la literatura se convierte en instrumento con el que *reemplazar* una memoria cada vez más perdida” (Moreno-Nuño 2006: 15). Con el objetivo de sacar del olvido, arrojar luz sobre historias, figuras y episodios olvidado o ignorados de la Historia, muchas de estas novelas de recuperación cuentan con alguna clase de notas o apuntes de investigación, referencias historiográficas y bibliográficas documentos de distinta índole, fotografías, etc., o incorporados dentro del texto mismo o en la forma de un prefacio, una página de agradecimientos o una bibliografía. En muchos casos, esta incorporación surge a partir de una “preocupación por mostrar el origen de la información, explicarle al lector cómo, quién, dónde y para qué se logra un determinado dato posteriormente incluido en la trama”: como afirma Antonio Gómez López-Quíñones, “nunca la ficción ha parecido tan historiográfica” (2006: 16). Esta forma de exhumación literaria llevó al autor Isaac Rosa a comentar que si los lectores “buscamos esas claves en la ficción, es seguramente porque no las encontramos en otros espacios” (2015: 12).

Por otra parte, más allá del ámbito cultural, de entre esas tareas pendientes que se han puesto de relieve a través de las iniciativas y las reivindicaciones de grupos como la ARMH, la que más repercusión ha tenido ha sido la de la recuperación de los restos de familiares represaliados de cunetas y fosas

comunes: de ahí la noción de que independientemente de las declaraciones de que el pasado está superado, hay miles de ciudadanos que no han podido llevar a cabo el duelo individual por aquellos deudos cuyo paradero es desconocido.

El nexo donde convergen la literatura influenciada por las tendencias socio-políticas que surgen a partir del siglo XXI con la noción de que existen tareas pendientes —entre las que está ese duelo individual— es el que me interesa aquí. Partiendo de la idea de que la literatura ha servido para promover y, en cierto modo, “actualizar” la memoria colectiva actual sobre lo ocurrido durante la guerra y la dictadura (Luengo 2004; Moreno-Nuño 2006; Corredera González 2010), argumento, no obstante, que en España no hay únicamente un déficit memorístico —esto es, la falta de información relativa a acontecimientos y personas de la guerra y la dictadura— sino también un déficit afectivo y ético-político que impide el establecimiento de lazos significativos con el pasado desde un presente cada vez más alejado del tiempo de aquella época violenta que, sin embargo, todavía afecta nuestra actualidad.

Sostengo que este déficit afectivo, junto al predominio de un entendimiento privado de la memoria, ha hecho que la existencia de tantas fosas comunes en la España actual se conciba como una consecuencia de acontecimientos históricos cuyos efectos, sin embargo, se limitan a determinados grupos y personas. Si bien las pérdidas de la Guerra Civil y la dictadura y la existencia de miles de duelos individuales inconclusos forman parte de la Historia del país, no afectan de forma directa a la sociedad en su conjunto, y mucho menos socavan la realidad presente y democrática. Según escribe Txetxu Aguado sobre la amnesia y las carencias respecto al pasado en la actualidad en España, estos podrían entenderse “como [la] inexistencia de modelos emocionales y afectivos de relación con la memoria del pasado, más que históricos, de los cuales se han ocupado sus profesionales en la bibliografía de la época” (2011: 46). Partimos, pues, del momento del cambio del siglo y de ese *boom* de la memoria en España para plantear las posibilidades de un trabajo colectivo de duelo: “es en el plano de la memoria colectiva, quizás más aún que en el de la memoria individual, donde adquiere todo su sentido la comparación entre trabajo de duelo y trabajo de recuerdo” (Ricoeur 2000: 109). En este sentido, estoy interesado en buscar un modo de abordar el déficit afectivo que sea capaz de (re)describir nuestra realidad actual y las

conexiones con aquellos duelos y pérdidas que se entienden *a priori* como personales y privados en un potencial trabajo de duelo colectivo.

Proponer un hipotético duelo colectivo social implicaría no una panacea prescriptiva sino elaborar un modelo afectivo y ético-político. ¿Es posible para quienes vivimos ochenta años después pagar una deuda aún existente con un pasado cada vez más inasible e incomprensible? ¿Podemos enfrentar las tragedias de una guerra y una dictadura cuyas pérdidas, materiales y abstractas, ya no son propiamente nuestras? ¿Qué nos empuja a ello? ¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿Qué implica para el/lo colectivo y el presente la existencia de miles de duelos inconclusos? ¿Se puede hablar de manera parecida de un duelo colectivo pendiente, que está por realizarse? Y si es así, ¿qué formas podría tomar ese hipotético duelo colectivo a través de un medio expresivo como la literatura?

Aquí mi propuesta es, por tanto, construir un marco teórico para una narrativa capaz de plantearse algunas de estas cuestiones y enunciar una caracterización de obras literarias que tienen como objetivo recordar pero también llorar las pérdidas del pasado reciente. Propongo, por tanto, lo que he llamado “las narrativas postraumáticas de duelo persistente” como instrumento capaz de ofrecer modos de expresión afectivos sobre cómo hacer, después de tanto tiempo, justicia a un trauma (del) pasado que aún nos afecta. Me centraré en la noción del duelo colectivo, un duelo continuado que no tiene como objetivo principal arrojar luz o desterrar sucesos pasados olvidados. En lugar de esto, hemos encontrado un modo de honrar la pérdida manteniéndola, sosteniendo precisamente aquello que la caracteriza, mediante lo que podríamos llamar una “poética de ausencia”, y que nos permite la paradoja de recordar tragedias absolutamente “incognoscibles”. Rompiendo el paradigma del duelo compensatorio de Freud —porque, ¿cómo vamos a poder compensar pérdidas que no son las nuestras?—, el trabajo de duelo en la narrativa del postrauma y la posmemoria no promete ni aspira a compensar estas ausencias, sino que las mantiene y sostiene mediante la admisión constante de nuestra incapacidad para recuperar aquello que se perdió o recuperar el pasado. Al reconocer esta ausencia, al sostenerla, es cuando nos acercamos lo más posible a un intento siempre insuficiente de entender el vacío. Confío en que esta visión del duelo colectivo, este modelo narrativo que nos proporciona un modo de trascender la brecha temporal que inevi-

tablemente y permanentemente nos separa de nuestra tragedia pasada, sirva como estímulo para conectar con otras tragedias y sufrimientos.

Dentro de las acotaciones temporales establecidos para el presente estudio —los primeros quince años del siglo XXI en España, los cuales vienen innegablemente marcados por esa preocupación por la memoria que define no solo el presente español sino el occidental, en general—, me gustaría destacar dos obras literarias en particular que abordan de manera explícita y directa la noción de un duelo colectivo, aunque desde perspectivas bastante distintas, y su relación con la literatura con el fin de que las principales cuestiones que plantean nos orienten y nos sirvan como punto de partida.

La primera sería la novela *Los muertos* (2010) de Jorge Carrión —primera de la trilogía que incluye *Los huérfanos* (2014) y *Los turistas* (2015)— que plantea de manera directa la noción de un duelo colectivo y su relación con la ficción, aunque desde una perspectiva inesperada y poco convencional. La novela está dividida en dos partes, cada una con ocho capítulos que corresponden a los capítulos individuales de una serie de televisión homónima, aunque esto no se revela hasta después de la primera “temporada”. La premisa de la serie televisiva es la resurrección de personajes conocidos de obras de ficción —de la literatura, la televisión o el cine— que conviven en el Nueva York de los años 90. Además de los distintos capítulos, aparecen unos textos académicos —ficticiales— escritos por teóricos y estudiosos que se introducen después de las dos “temporadas”, y que sirven para debatir y reflexionar sobre la serie de televisión. En estos textos académicos de ficción, se explica que a raíz del éxito de la serie se crea una red social en la que los usuarios asumen los avatares de sus personajes queridos para que estos sigan vivos, en lo que una de las articulistas ficticias describe como “la instauración de una progresiva conciencia novedosa, de una suerte de duelo absolutamente nuevo” (2010: 98). Entre las diversas cuestiones planteadas por la novela de Carrión está la noción perturbadora de que “nos afecta más una muerte de ficción que un asesinato real”, en palabras del propio autor (Arjona 2014). La segunda novela en cuestión sería *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez, que, en este caso, aborda directamente la noción de un duelo colectivo no realizado por las pérdidas del pasado reciente español. En la cita del poeta Carlos Piera que sirve de epígrafe de la novela, este asevera que “en España no se ha cumplido con el duelo” y sienta las bases para una posible definición

de esa tarea pendiente: el duelo es “el reconocimiento público de que algo es trágico y, sobre todo, de que es irreparable. [...] no es ni siquiera cuestión de recuerdo: no corresponde al momento en que uno recuerda a un muerto [...], sino a aquél en que se patentiza su ausencia definitiva. Es hacer nuestra la existencia de un vacío” (Méndez 2004: 11).

Cito estas dos obras a modo de introducción precisamente por las cuestiones que proponen: la capacidad de la obra de ficción no solo para representar, retratar o relatar ciertas historias, sino también para conmovernos, para afectarnos. En este sentido son fundamentales las reflexiones de Jo Labanyi sobre los llamados estudios del afecto, en las que la autora nos anima a considerar los textos culturales como “cosas que hacen cosas”: es decir, considerarlos más allá de lo que representan y en la medida que comunican ciertas posturas, ideas o prácticas (Labanyi 2010: 229-230). El asunto que aquí nos concierne es la relación entre esa característica intrínseca de la literatura de conmover y un potencial trabajo de duelo colectivo por las pérdidas y los daños de la Guerra Civil española y la dictadura en el siglo xxi, desde un presente cada vez más distanciado en el tiempo de los acontecimientos en cuestión. Dicho de otro modo, más allá de los datos o las historias que nos puede aportar la lectura de ciertas novelas recientes, ¿qué modelos o prácticas afectivos, emocionales o éticos —y potencialmente productivos— nos puede proporcionar la literatura entendida como práctica de duelo colectivo? Así, partiendo de las afirmaciones de Freud y Derrida que describían el duelo como un trabajo —Freud en su término *Trauerarbeit*, esto es “el trabajo de duelo”; Derrida afirmando en *The Work of Mourning* (2001) que “all work is also the work of mourning” (2001: 142)— concibo el duelo mediante las narrativas postraumáticas de duelo persistente como un trabajo colectivo.

El presente libro tiene dos enfoques generales unidos bajo la premisa global de una potencial narrativa de duelo: el primero de ellos aborda de manera directa el duelo como concepto psico-social y la reflexiones sobre los posibles problemas e implicaciones a la hora de hablar sobre un duelo colectivo a través de la literatura o el arte y el segundo aborda estas narrativas de duelo en el contexto de la literatura española de los primeros años del siglo xxi. El Capítulo I ofrece un resumen de las distintas interpretaciones y críticas de las primeras distinciones hechas por Freud en su definición de los conceptos de duelo y melancolía a principios del siglo xx. Trazaré de forma

sucinta la evolución de sus propias teorías psicoanalíticas y cómo estas han sido aplicadas más allá del ámbito psicoanalítico-clínico en la crítica literaria y en otros campos de estudio. Las reevaluaciones posteriores de las teorías de Freud, incluida la llamada despatologización de la melancolía a partir de los estudios poscoloniales, la teoría *queer* o los estudios del subalterno serán fundamentales para establecer la definición de un duelo colectivo y social del que la literatura entendida como práctica cultural puede participar. Cierro el primer capítulo con una caracterización de narrativas postraumáticas de duelo a partir de la base teórica expuesta anteriormente.

El Capítulo II servirá para exponer cuatro ejemplos de narrativas de duelo que tratan el tema del Holocausto, dos de ellos procedentes del contexto europeo, *Austerlitz* (2001) del alemán W. G. Sebald y *Dora Bruder* (1997) del francés Patrick Modiano, y después dos obras españolas, *El comprador de aniversarios* (2003) de Adolfo García Ortega y *El cartógrafo: Varsovia (1:400.000)* (2004) de Juan Mayorga. Este capítulo servirá para consolidar las narrativas de duelo como práctica narrativa para abarcar la distancia temporal entre el presente y el momento de las pérdidas del pasado por las que habría que elaborar ese proceso de duelo. Además, los ejemplos transnacionales de García Ortega y Mayorga servirán para sugerir la potencial productividad de la misma poética para abarcar no solo la distancia temporal sino también cultural o geográfica.

El Capítulo III se centrará específicamente en la cuestión del duelo en el contexto español y la existencia de duelos inconclusos individuales. Así, se tratarán las distinciones entre un duelo personal e individual inconcluso en el caso de aquellas personas con familiares “desaparecidos” o enterrados en fosas comunes, y en el proceso de duelo colectivo.

Los capítulos restantes —IV, V y VI— comprenden el análisis de tres textos literarios españoles, todos publicados durante los primeros quince años del siglo XXI, como narrativas postraumáticas de duelo: *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez, *Santo diablo* (2004) de Ernesto Pérez Zúñiga y *Las voces fugitivas* (2013) de Alfons Cervera. En cada uno de los capítulos, me centraré en los distintos modos en los que las tres obras constituyen narrativas de duelo, y atenderé tanto a la temática —es decir, en qué modos se plantean los distintos temas sostenidos en las distintas novelas y qué relación tienen estos con esa noción de duelo colectivo—, como a la forma —el uso



de distintas estructuras narrativas, lingüísticas y recursos que facilitan una reflexión sobre la naturaleza de la conexión entre nuestro presente y el pasado violento.

Por último, concluiré en un capítulo aparte en el que se resumirán los aspectos más destacados del presente estudio y análisis. Ofreceré también posibles vías para futuras investigaciones que aún merecerían más indagación.